

## HERMES PEÑA

Por Norberto Rubén Calul

Hermes Peña, escritor reconocido por sus historias con finales impredecibles, rompió la última hoja. Había intentado escribir algo pero no había podido concentrarse. Se maldijo por eso. Con la colilla aún encendida del penúltimo cigarrillo, prendió el último. El humo le envolvió la cabeza y los pensamientos. Fue hasta la biblioteca a buscar más hojas y vio el sobre en el estante. Aunque ya los había leído varias veces, retiró los papeles de su interior. Una vez más leyó el informe médico. Lo que allí se resumía, por los fuertes dolores abdominales que aparecían y desaparecían desde algún tiempo atrás, era terminante. Por entonces, Hermes Peña pensaba que todo se solucionaría con una medicación específica o alguna dieta. Pero la derivación a un oncólogo para la continuidad del tratamiento, lo puso frente a la encrucijada de su vida.

Hermes Peña guardó los estudios en el sobre pero no volvió a ponerlo sobre el estante. Abrió el cajón del escritorio para guardarlos pero algo se lo impidió. Introdujo la mano con ánimo de quitar lo que obstaculizaba su intento y, entonces, palpó el revólver que había comprado para protegerse de tanta inseguridad. Todo volvió a estar confuso aunque el humo del cigarrillo ya se había disipado. Retiró la mano del cajón de manera lenta, muy lenta, sin evitar el suave roce de los dedos sobre el acero frío. Con el sobre cubrió el revólver y cerró el cajón.

Hermes Peña no volvió a la sala. Encendió la computadora y, como solía hacerlo cuando buscaba información para su trabajo, abrió la página del buscador en Internet. Escribió algo que lo orientara hacia la respuesta que buscaba. Páginas y más páginas vinculadas al tema se le mostraron en gran cantidad. Abrió cada una de ellas y copió cada dato. Leyó y leyó. Las respuestas fueron definitivas. Las posibilidades de sobrevida le daban muy poco margen. Así, llegada la noche, tuvo tantos resultados de la experiencia médica, que se fue a dormir convencido de lo inútil que sería visitar al oncólogo.

A la mañana siguiente Hermes Peña se despertó con una inflamación en la zona del vientre. En otro momento hubiera pensado que eran las consecuencias de una indigestión, y quizás lo era. Más, en ese estado de cosas, no vaciló en asociarlo al cáncer. Gracias a Dios, se dijo, había dormido de un tirón y había amanecido sin dolor. Aprovechó ese instante de paz. Se sentó frente a la máquina de escribir y se dejó llevar por la inspiración. Enseguida creó un personaje casi a su semejanza. Era un hombre de su edad al que llamó Héctor Prieto y que, como él, era escritor y vivía solo. A Hermes Peña no le fue difícil contar esa historia porque tenían vidas parecidas. Mucho menos complicado le fue hallar el nudo de la cuestión. Con tanta información obtenida en Internet la noche anterior, llevó a Héctor Prieto a enfrentarse con una enfermedad incurable, con noches de

insomnio y dolores insoportables, y con sus miedos. Puso en boca del personaje todas las preguntas que podría hacerse un condenado. Lo ubicó en lugares oscuros y lo convirtió en un manojo de nervios. Héctor Prieto, en la escritura desenfadada de Hermes Peña, bajó a los infiernos, se elevó a los cielos y volvió a bajar. Sin respuestas ni soluciones posibles, puesto en un estado desesperante y depresivo, la vida de Héctor Prieto era un camino sin retorno hacia el suicidio. Pero Hermes Peña no era un escritor que se preciara de ser predecible. El final de la historia, que había empezado a escribir horas antes, encontró a Héctor Prieto de frente a un oncólogo buscado, casi suplicando una alternativa de vida.

El personaje no bajó los brazos un solo instante y, decidido a soportarlo todo a pesar de que su destino era la carga de un dolor insoportable hasta el momento último y final, continuó cada paso del tratamiento. Siguió, a sabiendas de que para salir de ese cruel designio solo dependía de un milagro.

Con la historia terminada Hermes Peña puso cada hoja en un sobre, lo cerró y escribió en el destinatario el nombre de su editor, tal como lo hacía de costumbre. Dejó todo como estaba sobre la mesa, menos las hojas en blanco que habían sobrado. Las llevó de vuelta a la biblioteca. Las guardó y, al querer regresar a la sala, detuvo su mirada en el cajón donde un rato antes había guardado los estudios oncológicos. Lo abrió, retiró el sobre y volvió a sentir el frío del acero. Hermes Peña, un escritor con historias de finales inesperados, en lo que se refería a su vida privada era un hombre, en extremo, previsible. Después de un breve momento en que todo pareció eterno, su cabeza voló por la locura.